



Para PERO GRULLO.

Ni los amables requerimientos, ni las amonestaciones severas hubieron el poder de echárselas ante el altar barroco de Santiago Apóstol, como era pacienzudo empeño de su abad y rector D. Cosme, arcipreste, por más título, de la fontesecana feligresía. Erre que había de seguir como hasta allí, dando escándalo á la villa con aquella su marital juntanza consumada á hurto y espalda de todas las leyes, claro que no teniendo por tales las que pomposamente invocaba el mismo Chanelo, mentando á cada reprimenda el «amor sexual», «la madre Naturaleza» y otras zarandajas de esas que ni por pienso tienen cabida en los parroquiales archivos, donde, en buena hora lo dijese, D. Cosme, no había más suciedad que la que dejaban las moscas.

Años llevaban del propio ruin acomodo, y aumentando en casi todos, para más descaro, la prolífica floración de su pecado, que el crónico embarazo de ella pregona á la puerta de su taberna, según justa expresión del buen abad, como el bombo de los histriones ante una barraca de desvergüenza y miseria. Cinco arrapiezos iban por entonces, los cuales, gordos y colorados á mayor abundamiento, igual que angelotes de retablo, y vendiendo salud, ni más ni menos que si hijos fueran de bendición y santidad, daban que envidiar por cierto á los pocos matrimonios que en Fontesecca no alcanzan el premio de sus religiosos cuidados. Y no se diga de ellos que fuese por falta de velaciones, que largas y continuas las hicieran todos, bien lo sabe Dios...

Ya el disgusto de ver á su hija en tan depravada condición, llevada de un vil querer, contaban que fuera muerte de la pobre señora Bastiana, al fin de sus

setenta honrados años... Cegárase entontes la muchacha y ensordeciera por él, al extremo de no atender al clamoreo de habillitas que levantaba su mal paso. Todos murmuraban por su bien, por el decoro de su fama; aunque tan mordaces los había, que aseguraban ver en todo ello un poco de envidia junto á otro poco de caridad. Que es tan varia la maledicencia y de tal suerte se enredan estas guindas picantes de la sabrosa comidilla, que hay quien, puesto á mal hablar, calumnia de la calumnia misma.

Pusieran, como cuento, desde que así se juntaran, una taberna en el arrabal del Burgo, parada de trajinantes y diario regodeo de los que nada tenían que hacer en el pueblo. Digo con esto que era lindo el negocio y la parroquia grande; más allí, donde á la cuenta del buen vino se añadía el apetitoso bocado de la Benita, siquiera la ración fuese de vista y á manos quedas, que para no dejar catarla se componía ella mejor aún que el mismísimo Dr. D. Pedro Recio. Por la inconsistencia de su estado fiaban muchos que, si nudos mejor prendidos se deshacían en la habilidad malabaresca de algunos audaces escamoteadores de virtud; fuerza que aquel se rompiese más pronto, de puro suelto y trampeado que andaba.

Sino que, por hacerlo más anormal y extraño, dió la tabernera en mostrarse arisca, ponerse seria y hasta contestar las tiernas insinuaciones con una franca y dura manotada, brillante de cólera la negrura honda de sus ojos, igual que si un ladrón guardara sus cuevas defendiendo lo que no era suyo, luego de estar á merced de un mal camino. Porque, lo que decían todos, despechados y confusos. ¡Vaya, que venirse ahora con moños de honradez!... Y nada, que mientras de muchas muy ca-